El tiempo que me escribe

Antología

•

Affonso Romano de Sant'Anna

Selección y traducciones de
John Galán Casanova

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2012

ISBN 978-958-710-

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Abril de 2012

Ilustración de cubierta
Vaso de flor para intelectuais, por Miguel Gontijo,
24 x 24 cm., 2004

Diseño de carátula y composición
Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Nomos Impresores

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

ELOGIO DEL CUERPO

Los hay más diestros, lo sé.
Pero con éste
corto a tiempo el gesto oculto,
asalto la noche, cruzo las horas
y huyo galopando en potros verdes.

Los hay más fuertes, lo siento.
Pero con éste
ataco, esquivo y agredo
como puedo.
Con éste parto para el combate
y con él retorno
                    –si pierdo.

Los hay más amados, me dicen.
Pero éste sabe dónde, y sabe cómo, y sabe cuándo
y nunca contaría
lo que oye y siente,
cuando en sus lechos se entreabren otros cuerpos
con secretos repentinos,
floraciones de ataque y paz.

Los hay más bellos, los veo,
en los tonos del bronce
y en el esplendor de mil calzadas.
Pero éste me calza como guante
y lo hundo entero en los abrazos
y lo retiro intacto del espejo.

Los hay mejores en todo, ya lo sé.
Pero es de éste que me sirvo,
es éste el que me dieron,
éste el que alimento,
con éste como, beso y fructifico

y es con éste que fecundo mi propia muerte.

NOTICIAS MONTADAS EN LA TV

1. Siento meter mi mano en vuestra sangre
para sacar poemas, pero
seis mil antílopes están siendo abaleados en
Yellowstone
y ensucian mi cena.

Helicópteros y tractores los siguen por la nieve
–un antílope es demasiado oscuro si el fondo es
blanco.
Antílopes y hélices,
rifle y cuerno,
pata y bala.
Todo es deporte.
Giants versus *Dodgers*,
Bruins versus *Trojans*,
bicicleta contra tanques,
trampa de liebre contra Napalms.

(Dijo el gobernador del Estado de Wyoming que
sufre al verlos abatidos en lucha desigual, sin
escapatoria.

Y el guardia forestal: *I'm really sorry*, pues nuestra tarea sería protegerlos. Pero habrá carne y pieles para los indios.)

2. En Vietnam no corren antílopes.
Pero, si corrieran, tendrían que morir:
seis mil en una semana
y más aún en la estación de lluvias.

¿Cómo se escondería un vietílope
en el blanco sobre blanco?

¿Cómo se defendería en este paisaje
sin los colores de la tecnocracia?

Un vietílope corriendo en plena nieve
es más visible cuanto más sucia es la bala.
Los vietílopes hacen túneles
así las bombas de gas penetren por detrás,
se sumergen respirando por bambúes,
pero *bulldozers* sedientos secan los pantanos.

–Hay demasiados antílopes en esta área,
es preciso diezmarlos.
–Guerreamos porque queremos paz.
–Si no los liquidamos
en breve invadirán nuestros jardines.

No obstante, el vietílope, confundido en su *edad dorada*,
sustraído de su ley natural,
continúa gestando futuras muertes en los periódicos.

Tiro al blanco,
tiro al palomo,
tiro al platillo.
–¡*My gosh!* ¡Cómo son veloces!
–¡Mi reino por un vietílope!

3. Plagas existen siempre.
Es imposible diezmarlas
por más clorox, ajax, solvex
que arrojemos sobre las tierras baldías.
Hoy, antílopes.
Ayer, carneros en Argentina,
    canguros en Australia,
    papagayos en el Brasil colonial.

Un día,
tortugas en la Amazonia.

EL GRAN PREGÓN DEL INDIO GUARANÍ
(fragmento)

2

–¿DÓNDE se inscribirá el texto oculto de mi tiempo?

–¿En las alas del secuestro?
–¿En la explosión del ministerio?
–¿En el ajusticiamiento encapuchado?
–¿O en cualquier cotidiano
e irreparable asesinato?

Atacantes saltan el muro de mi carne
violentan mi familia

se llevan las monedas y la paz
los muebles y la esperanza
que guardé
en las hendijas del patio

Urden amenazas sobre mis pasos
asaltan mi tiempo y me reprimen
con mano de acero en el espacio asesino.

¿CÓMO inscribirme en el tiempo que me escribe
si me vigilan la letra y me infligen silencios y papeles
        que no represento
                y disfrazo bajo el rostro opaco?

Suenan campanas de madrugada en las cárceles.
Siervos de la muerte invaden la sala y la celda
derriban los libros, asedian a mis hijos
y con las botas sobre mi pecho
        dicen piadosos:

                –recuerda, hermano, que eres polvo
                y por eso te humillaremos.

Milicias de Felipe II
                me acusan:
                        ¡herético!
                        ¡relapso!
                        ¡contumaz!
                        ¡hechicero!

mientras prosigo en filas amarillas
        en trajes de condenado
        obedeciendo órdenes de los ficheros
        cargando velas
        para el fuego con que arderé en la plaza.

De la cloaca de la noche escurren las almas de los nuevos torturados.
Ya no tenemos dónde enterrar los cuerpos.
Ni podemos enterrar más los rostros.
Y cuando no haya más muertes por cometer
los torturadores
                    en un círculo de fuego
                                                  se torturarán
en un agónico espasmo de escorpión.

UNA GENERACIÓN VA, OTRA GENERACIÓN VIENE

Cuando yo era niño
y mis padres y tíos contaban de la dictadura
que duró 15 años y partió sus vidas en dos
entre censuras, policías y torturas
yo los miraba como un niño mira el desamparo
de un adulto.

Hoy, mis hijas me preguntan
sobre estos 15 años de otra dictadura
que me sobrevino en plena juventud
y yo las miro como un adulto mira el desamparo
de un niño.

Tengo 40 años. Escapé
de ahogos y desastres antes y después de las fiestas,
y atravieso ahora la zona negra del infarto.
En breve
quedaré sin cabellos y con más arrugas
en la cara.
Cuando venga de nuevo una nueva dictadura
estaré viejo
y con tedio ante el espejo
contemplando el desamparo en que dejaré a mis
nietos.

BANDEIRA, TAL VEZ

¡Cómo son de bellas las mujeres!

Pensé
        que al casarme con una de ellas
        penetraría por fin el misterio
        entre sus piernas y cabellos.

Engaño. Mi mujer abre la puerta
de su cuerpo
                        y me abisma
en un laberinto de espejos.

Y es tan diversa y seductora
que la traiciono en ella misma
en un sucesivo adulterio.

Es inútil pensar qué hay del verano,
                                        de la moda,
                                        de la desnudez

tendida en las playas
o del invierno
en la tibieza de los vellos.

La verdad, desde el tiempo de los sumerios
me extasío
ante el cautivante misterio de las mujeres.
Por eso puedo contemplarlas toda la vida
o seis mil años,
sin fatiga.

La belleza es un grito,
es un fruto,
es un vicio
y un zambullirse vivo
en lo infinito.

EL AMOR, LA CASA Y LOS OBJETOS

El amor mantiene ligados los objetos.
Cada uno en su luz,
en su restricto o voluminoso
modo de ser.

El amor, y sólo el amor, edifica
paredes dobles, vigas maestras, tragaluces,
conductos y puertas, sumando
a la luz íntima el sol externo.

Cuando hay amor, los objetos
se tornan suaves. No hay asperezas
en sus formas y frases.

Como un gato, el cuerpo
pasea entre aristas y no se hiere.
Nada le es hostil.
Nada es obstáculo.
Nada está perdido
en el trajín de la casa.

Es como si el cuerpo, más allá de frutas y flores,
aun inmóvil, creara alas.

De ahí cierta displicencia de los objetos
en la mesa
en el estante
en el piso
como cuerpos tendidos en los tapetes
o en la cama,
pues es ésta la forma de ser
cuando se ama.
Lo que no sea así, no es amor.
Es orden externo a las cosas.
Pues cuando amamos, los objetos nos miran
sin envidia. Por el contrario, secretas glorias
afloran de sus formas
como del cuerpo afloran los labios
y en la poltrona el pelo de su fauna aflora.

Las casas tienen raíces
cuando hay amor.
Aun ratones, cucarachas y caballos,
amén de plantas y pájaros
emiten vibraciones en los subterráneos
de la casa de quien ama.

El cuerpo rezuma aromas luego del baño,
almizcle fluye de los sexos, lavanda
baña los gestos. Enrollados en sus toallas
los cuerpos como olas
se deshacen en orgasmos en la sábana de la tarde.

Los objetos entienden a los hombres, cuando hay
amor.
Van a las fiestas y a las guerras, y si acaso
se suicidan cayendo de las repisas
son capaces de ostentar su vida
aun como naturalezas muertas.

El amor no somete, el amor arraiga
cada cosa en su lugar y, como el Sol,
pasea iluminando las espirales de oro y plata
que adornan nuestros cuerpos.

No hay límite entre la casa y el mundo, cuando
hay amor.
Los amantes invaden todo a toda hora
y el paisaje del mundo al paisaje de la casa
se incorpora.

EL FIN TOTAL: IMPROVISACIÓN ANTE CIERTAS NOTICIAS

Fue difícil
pero elaboré las primeras pérdidas:
heces
dientes
cabellos
objetos quebrados
amadas que partían
y la muerte de amigos y parientes
acumulándose en el fondo.

Ahora, no obstante,
aterrado
elaboro el fin de todo:
mi propio fin,
el fin del mundo.

Antes
si algo en mí moría
sabía
que independiente de mí
el mundo renacería
y amigos e hijos llevarían
mi sueño y semen
al útero de los días.

Así
    procreaba la aurora en el invierno y sabía
    que el deshojado otoño
    renacería en el verano de la historia.

Mas siempre sospeché que las matemáticas
y algunos países del norte
nos llevarían a la muerte.
La física no resolvió nuestra hambre
ni mejoró
nuestra metafísica.
La química
con el azufre de sus gases
contaminó el poco amor
de que fuimos capaces.

Antes,
era Jehová quien degollaba a cien mil en una batalla.
Ahora
son los hombres quienes lanzan a Jehová
en un abismo de llamas.

Harán falta diez billones de años para que la
radiación se extinga...

No sé si resistiré hasta entonces.
No sé si la flauta y el oboe de Mozart
resistirán.
No sé si el rosado de Paolo Uccelo
resistirá.
No sé si los Cristos de Grünewald y del Aleijadinho
conseguirán resucitar.

El trágico teorema
ya estaba inscrito en el espanto
de los poemas.
No obstante, hace poco descubrí
un nido de colibrí con dos pichones
en la buganvilia del jardín, y sobre la hierba
orquídeas y azaleas crecen
mientras en las sabanas africanas cebras y jirafas
corren ligeras, de fiesta, ignorando
que del apocalipsis surgen ya los cuernos
de las 666 bestias.

Empezó la cuenta regresiva.
Como buenos ciudadanos, no pensamos
que es el fin.
Nos sentamos en el tren fingiendo
ver el paisaje, fingiendo
que no será ésta nuestra suerte. Pero

al respirar más hondo
se perciben las cenizas
de los primeros compañeros disueltos
en los altos hornos de la muerte.

Mi mujer propone el suicidio familiar.
El nuestro y el de nuestras dos hijas,
cuando llegue el hongo nuclear.

Tomaremos una pastilla
y tomados de las manos en la sala, oyendo a Mozart
entraremos suaves en la eternidad.
Así, cuando la nube mortal irrumpa
encontrará, frustrado, nuestros cuerpos
                    unidos
                    sonriendo
como en el tiempo en que a los vivos
nos era permitido soñar.

PEQUEÑOS ASESINATOS

Vegetariano
                no evito llorar
sobre las legumbres descuartizadas
en mi plato.

Tomates sangran en mi boca,
lechugas desmayan en su salsa de mostaza, aceite
                                        y limón,
cebollas sollozan sobre la pila
y oigo el grito de las papas fritas.

Como.
Como un salvaje, como.
Como tapándome los oídos, cerrando los ojos,
distrayendo el paladar en el paisaje,
con la voluptuosidad displicente
de quien mata para vivir.

En la sobremesa
continúa el verde desespero:
peras degolladas,
higos destazados
y yo chupando el cerebro
amarillo de los mangos.

Eso acá afuera. Porque adentro,
bajo la piel, una intestina disputa
me alimenta: oigo el lamento
de millones de bacterias
que el lanzallamas de los antibióticos
exaspera.

Por donde voy hay luto y lucha.

CASAMIENTO

Esta mujer que hace mucho duerme a mi lado
va, como yo, a morir un día.
Estaremos tendidos para siempre
conversando
como en las mañanas perezosas de domingo,
como en las noches en que llegamos de las fiestas
y nos desvestimos charlando de la gente, la
comida y la ropa,
y luego adormilados nos ponemos
a entrelazar los sueños
en un diálogo inmóvil
que ninguna muerte puede interrumpir.

SEPARACIÓN

Desmontar la casa
y el amor. Desclavar
los sentimientos
de las paredes y las sábanas.
Recoger las cortinas
tras la tempestad
de las disputas.

El amor no resistió
las balas, plagas, flores
y cuerpos intermedios.

Empacar libros, cuadros,
discos y culpas.
Esperar el infernal
juicio final del desamor.

Los vecinos se asustan en la mañana
ante los destrozos en la puerta:
–¡parecían amarse tanto!

Hubo un tiempo:
                    una casa de campo,
                    fotos en Venecia,
un tiempo en que sonriente
el amor aglutinaba cenas y fiestas.

Se amó cierto modo de desvestirse,
de peinarse.
Se amó una sonrisa y cierto modo
de disponer la mesa. Se amó
cierto modo de amar.

No obstante, el amor parte en retirada
con sus ropas arrugadas, tropas de insultos
maletas desesperadas, sollozos incautados.

¿Le faltó amor al amor?
¿Se gastó el amor en el amor?
¿Se hartó el amor?

En el cuarto de los hijos
otra derrota a la vista:
muñecos y juguetes penden
en un collage de afectos abortados.

Se arruinó el amor y tiene prisa de partir
avergonzado.

¿Levantará otra casa, el amor?
¿Escogerá objetos, morará en la playa?
¿Viajará en la nieve y la neblina?

Tonto, perplejo, sin rumbo,
un cuerpo cruza la puerta
con trozos de pasado en la cabeza
y un futuro incierto.
En el pecho el corazón pesa
más que una valija de plomo.

MUERTE EN LA TERRAZA

Muere otra paloma en la terraza.
Viéndola encogida hace días, no sabía yo
que la paloma (aquella paloma) ya moría.
Llamo a mi mujer
para ayudarme a vivir esta muerte.
Ella la acuna en la mano. (Los animales la aman.)
La acaricia y la deja descansar a la sombra.

De nuevo sola,
la paloma observa el mundo quieta y estática.
De pronto, alza las paticas para arriba
batiendo las alas en un espasmo. (Otra paloma,
intrigada por la escena, llega picoteando semillas
junto al cuerpo que agoniza.)

Tomo un esfero *rojo* y anoto, urgido,
la muerte del ave en el poema.
La paloma deja caer la cabeza.
El poema se inclina.
Una gota *roja* cae del pico (o de la pluma)
y el poema
                    termina.

ANTROPOLOGÍA SEXUAL

Por Naturaleza el hombre es un ser polígamo.
(Hay excepciones. Pocas.)
Por Naturaleza la mujer es un ser monógamo.
(Hay excepciones. Muchas.)

Hay quien disiente.
De cualquier modo
la biología conductista da pruebas.

Por la Cultura el hombre intenta ser monógamo.
(Intenta.)
Por la Cultura la mujer intenta ser polígama.
(Intenta.)

En esto llevamos miles de años.

Convengamos:
el paso de la Naturaleza a la Cultura
y la tentativa de llegar a un acuerdo
han sido
            un notable esfuerzo de pareja.

MÚSICA EN LAS CENIZAS

Cada vez que suena el adagio del concierto para oboe
de Mozart
suspendo todo
pongo los pies sobre la mesa, como ahora,
miro la laguna en frente, cruzo los brazos
y comienzo a levitar.

Si muriera escuchando esta música
llegaría al otro lado tan ligero
que los ángeles me tomarían por uno de los
suyos.

Tantas veces hice sonar al atardecer estos acordes
a la orilla del mar o en la montaña en mi casa de
campo
que las azaleas, la hierba, los cerezos y cipreses
reiteran por sí mismos la melodía
cuando despierto.

Un día estaré muerto
y pido que arrojen mis cenizas entre las flores.
Los que recorran este paisaje
además de aromas
oirán acordes de eternidad.

DE NUEVO, LAS TERMITAS

Mi hija me llama para oír
el cric-cric de las termitas
devorando los libros en el estante.

Me detengo, presto atención, no oigo nada,
así sean míos los libros:
Joyce y su hermano Stanislav, Solzhenitsyn,
Marguerite Duras, Truman Capote, no sé quién
más.
Las termitas están devorando la prosa.
¿Cuándo llegarán a la poesía?

Preciso dialogar con mis propias ruinas.
Debería tener los oídos más atentos. Debería.
Es la edad. Cada vez yo oyendo menos,
cada vez las termitas comiendo más.

MÁS BELLEZA, SEÑOR

El tío Lemos, humilde siervo y pastor,
aun con su vida tan desposeída
siempre decía: –¡Basta de bendiciones, Señor!

En la Toscana, en este azul otoñal
deleitándome con el cuerpo y el espíritu
absorto en la gloria artística de los santos
casi llego a decir: –¡Basta de bendiciones, Señor!

Sin embargo, mi alma insaciable
parece nunca colmarse, e implora:
–¡Más belleza, más belleza, Señor!

Y el Señor, impaciente, me ordena:
–Entra en esta iglesia de Orvieto
y ante los frescos de Lucca Signorelli
arrodíllate y llora.

GARGONZA

Hay castillos
                    –grandes obras humanas.
Y qué fuerza tienen las piedras
sedimentando las cosas
                                        tácitamente.

Pero la poesía puede estar en las hendijas
como esos dos lagartos
que me acechan soberanos
esta mañana de sol
en el castillo de Gargonza, en la Toscana.

Escribo un texto para el periódico, perecedero.
Los dos lagartos me miran. Inmóviles.

Inmovilizado, ya no escribo.
Bate la campana en la alta torre.
Se estancó la prosa.

Poesía es lo que nos acecha
por la hendija de los días.

EL TELÉFONO Y EL AMIGO MUERTO

(Crónica-poema para Hélio Pellegrino)

En esta límpida mañana de marzo
el teléfono aún no anuncia la muerte del amigo.
La laguna y las montañas saben ya que algo
murió lejos
de mí
y, no obstante, disfrazan la noticia en una azul
connivencia.
¿Cuánto tiempo tardará aún esta noticia
retenida en otras bocas y oídos
hasta alcanzarme como un ladrillo en el pecho?
Aún no comenzó a morir (en mí) aquél que
ya murió
y que las gaviotas de la playa no osan anunciar.
Hay una emboscada tras el azul de esta mañana.
Desprevenido, recorto diarios, hago llamadas,
dispongo la mañana en mi mesa
organizando la burocracia del día.

En esta límpida mañana de marzo
el teléfono no anuncia aún la muerte del amigo.

Si alguien, de pronto, lo mencionase vivo
yo lo vería en el consultorio de las charlas lastimeras
oyendo el relato de las confusas pasiones,
lo admiraría en fiestas y cenas, en asambleas y textos
alternando revolución y ternura.

El teléfono no suena todavía.
Estoy en el minuto previo a la noticia fatal,
cuando la felicidad aún es permitida.
En el minuto previo a la muerte
cuando es posible el gesto salvador
que retenga al joven en la zambullida,
al carro que se sale de la pista,
a la bala que atraviesa la noche.
Aquel minuto previo a la muerte
cuando la mano del médico prolonga y teje
con hilos nuevos la vida.

El teléfono todavía no suena.
No sospecho que en la tarde estaré en el cementerio
junto a su cuerpo, caminando
entre tumbas desconocidas, desvalido
abrazando a otros desvalidos.

No desperté hoy para ir al cementerio
y a la luz de los reflectores tener que formular el
pasmo
ante el ocaso de una generación que se va diezmando.
Pero la mañana azul, traidora, como un soplón
escoge a la víctima y goza la antesala de la noticia.

Es imposible, con todo, ver en el Sol de esta
mañana el eclipse del
rostro amigo.
Al contrario, lo veo: Hélio –el fulgurante
Hélio– criatura solar, verbo radiante, chispa
mediterránea
propagando su sagrada furia.
Hélio –lírico asombro entre ruinas
con el influjo de su voz enseñándonos
que es posible ser griego y tropical, naciendo en
Minas.
¡Ah! Heliovívida aventura, Héliodescentrada figura
lanzando soles en la órbita de la locura.

El teléfono aún no anunció su muerte,
que venga cuando venga será siempre prematura.
El teléfono aún no suena,
no sé aún cómo un infarto estanca en la madrugada
una fábrica de sueños con forma humana.

No puedo por tanto preguntar aún
que será de sus tres *yoes* restantes.

El teléfono me da tiempo de mirar estúpido
la límpida mañana de marzo
aún sin amargura.

La dictadura de este azul es sofocante.
El teléfono aún no lanza manchas violetas en la piel
de la mañana.
No sabe lo que se prepara en el inconsciente
de la mañana.
Por ahora, contemplo la vista desde la ventana.
Es eterna.
Arreglo los papeles armando la burocrática rutina.
Tengo un día por delante
–y soy casi feliz.

ANIVERSARIO EN EL AEROPUERTO

Cumplo 57 años en el aeropuerto de Bogotá.
Aviones parten y llegan menos el mío,
retrasado dos días.
Niños se atiborran de helados y lloran,
jóvenes duermen sobre sus morrales en el piso,
adultos miran lo que surge y se pierde en el horizonte
y no saben qué hacer con la espera.

Leo periódicos para pasar el tiempo:
en los suplementos dos poemas de Bukowski
(uno habla de las nalgas de las mujeres mexicanas).
Van a inaugurar la restauración de la Capilla Sixtina
donde el Che estuvo meditando
antes de internarse para morir
–nacer en las selvas bolivianas.

Este país está todo dividido:
un tercio con las guerrillas,
un tercio con el narcotráfico,
un tercio que pretende gobernar.

Pero es mi aniversario
y considerando mi vida de mercachifle literario
consulto el horóscopo del Tarot
que me advierte:
Sus cartas señalan que no sucumbir a las persuasiones maléficas
de la seducción, a su voz que habla maravillas, es casi imposible.
Pero sería un error, pues el trabajo no trae pajaritos de oro como le pintan.
Velas mojadas, muchas velas mojadas.

Con velas mojadas
en el aeropuerto de Bogotá
mi cumpleaños no se festeja.

NO ESTARÉ AQUÍ EN TARDES COMO ÉSTAS

No estaré aquí en tardes como éstas:
–mujeres airosas y sus soberbios muslos sobre la
arena
que otros verán con devoción intensa.
No le haré falta a ellas
ni a los varones que no veré.

No estaré aquí en tardes como éstas:
–el graznido de las golondrinas, el zumbido de las
cigarras
el colegial blanco azul volviendo a casa,
el chap-chap del agua en la ensenada.

Como antes, el mundo sobrevivirá sin mí.
Nunca más tocaré la cabellera del atardecer
ni sus muslos, ni sus senos, ni su boca.

Hace mucho que algo en mí empezó a despedirse.
A veces es en los momentos de más aguda belleza
cuando una parte de mí se va mientras
otras persisten en un luminoso desespero.

El espectáculo es conmovedor.

¿Cuándo tendré la humildad necesaria
para salir de escena?

ANTES QUE OSCURECZA – 2

Me levanto para ver el mar
antes que oscurezca.

Sopla un viento del este
y sé que las aguas están más frías.

Contemplo las plantas del jardín.
En el estante los libros me observan.
Levanto los ojos oteando la nada
y veo una gaviota en el horizonte.
Ruidos de la tarde me enternecen:
–una bocina
–un grito de niño
–un perro ladrando insistente.

El Sol se pone a mi derecha, exhausto.
De tantas tardes fugitivas
ésta se estampó naturalmente en el papel.
La tarde tiene sortilegios.
Estoy maduro para estrellas.
Escribo. Ventea del este.
Oscurece. Y algo en mí
poco a poco se esclarece.

EL PADRE

Busco en mis papeles,
en los baúles familiares
un perdido testamento.

Encuentro cartas, proverbios en esperanto,
pensamientos de Raumsol y la caligrafía de mi padre.
Hombre de fe, rezaba en los cementerios.
Expulsó demonios en Uberlandia
y en la alta madrugada enfrentó al diablo
cara a cara en Carangola.

Ninguno de sus hijos lo entendió.
Pero él, esperantista,
esperaba cartas de Holanda,
las vacas gordas de José
y el fin de la Torre de Babel.
Mi padre, ciudadano del mundo,
pobre profesor de esperanto
a la orilla del Paraibuna.

Leía, leía, leía. Había siempre
un libro en su mano.
Y llegaban misivas y sellos fraternales
de Polonia, China, Bélgica y Japón.

Masón, grado 33,
letra primorosa,
bordaba actas de la cofradía,
nos hablaba de impenetrables liturgias,
machos cabríos y calaveras,
y un día nos trajo la espada
que usaba para la ocasión.

Los domingos, en la mesa
se regodeaba con los Salmos:
leía los más largos
ante la fría macarronada,
y su flauta dominguera
aplacaba mi deseo
de pecar allá en el huerto
y amontonaba las deudas
que el lunes despertarían.

Estuvo en tres revoluciones.
No sé si disparaba
y medallas nunca fue a buscar.
Capitán de milicias
licenciado por desacato al superior
discutía de política sin mucho empeño.
Votaba con los pobres: PTB-PSD.
El tío Ernesto era de derecha
y lo recriminaba.

Me llevó a ver a Getúlio
en un desfile militar.
En el bolsillo, una carta exponiendo
al presidente su penosa situación:
injusticias militares,
necesidad de subsidio
y la solicitud de un maletín escolar
para mi hermano.

Hecho esto, era capaz de esperar
semanas y meses sin desconfiar de que,
al llorar oyendo novelas
de la Radio Nacional,
él era un personaje más,
pues si, como dice García Márquez,
el coronel no tiene quién le escriba,
el dictador jamás respondería al capitán.

Novio contrariado,
huyó con mi madre y con ella intercambió cartas
que vi escritas con la propia sangre.
Peleó con un cochero
que azotaba a una bestia
delante de nuestra puerta.
Y cuando la tarde caía
alzaba a la hija paralítica
paseando su calvario por las calles
del interior.

Cierta vez, como mis hermanos
me pusieron treinta apodos
queriendo degradarme
llamándome “guga”,
“tora”, “manduca” y “Júpiter”,
aquella noche, notando mi tristeza
me llevó al patio
entre coles y hortalizas:
me mostró Júpiter, la enorme estrella
y otras constelaciones: peces,
toros, centauros, osas mayores y menores,
todo brillando en mí.

Estrellas que con él distinguí
y desde aquella noche
nunca más pude encontrar.

VESTIGIOS

De algunas cosas no quedan ya vestigios:
utensilios
obras
costumbres
sentimientos
que cayeron en desuso.

De algunas cosas no quedan ya vestigios.

Por esto algunos callan
otros suman los ojos vagos
al horizonte,
mientras otros como arqueólogos
son vistos
procurando
de aquel tiempo
¡ah! de aquel tiempo
algún vestigio.

MIENTRAS DUERMO

Reposo en esta cama
a mil metros de altura
                                        en la montaña.

Allá afuera
oscuro es el silencio. El cuerpo
cansado se extiende en el sueño.

Mientras duermo
una serpiente engulle un sapo que engulló insectos
un perro persigue una zarigüeya
                                        otro muerde un lagarto
el murciélago chupa algo durmiente
y la lechuza
                    el grillo
                              lagartijas y criaturas mínimas
libran una guerra que no veo.

Duermo ajeno a todo
ajeno a mis propios sueños.

Al despertar
daré un beso a la mujer que amo
saldré al jardín aureolado
de colores y perfumes.

No obstante
                    hubo una guerra
fuera de mi cuerpo
fuera de mi casa
una guerra cotidiana
que no tiene nada que ver
con la aurora que se anuncia
y la esperanza
que me organiza el día.

HAY CIERTA HORA

Hay cierta hora
en que la casa es un navío
presto a desprenderse del muelle
de la noche hacia la mar del día.

Es que amanece. Y las paredes
y objetos del cuarto, los cuadros
asientos y cortinas (aún detenidos)
parecen ondear en la ensenada de la sala.

Los cuerpos y las sábanas se mueven
como velas en un lento ritual
y los párpados y los músculos
retoman la memoria
anclada en la víspera.

Hay cierta hora
en que el nuevo día
aún no se inaugura.
Todo es posibilidad.
Las noticias aún no lo mutilan.
Todo es un silencio prometedor.

Es la hora de entre espejos
cremas y quimeras
escoger la ropa
con que vestir la mañana
hora de recoger el afecto enroscado
del perro en la cama o la poltrona
abrir el diario y ver la sangre
de la víspera y la esperanza
en las entrelíneas de las columnas
que sustentan
las perplejidades
                    de un nuevo día.

No se parte (aún) a la oficina
al mercado al banco a la escuela.
El día es un vehículo estacionado
en el garaje o en la esquina.
El terrorista no desató (aún)
su ira
el traficante no ha despachado
la droga, y engatillada
reposa (aún) la bala perdida.
El engranaje de la bolsa
–del pánico a la euforia–
no nos tritura (todavía).

El día es un blanco
a la espera del tirador.
Aún no se tuvo
el vahído, el infarto
el contrato no ha sido cancelado
nada sabemos de aquella llamada
del recién nacido, del atropellado
de la mujer que ahora besa al marido
pero a las cuatro de la tarde, feliz,
gozará con el amante
en adoración plena.

Hay una hora en que el día
aún no se inaugura
–momento absoluto
que antecede a todo.

De repente, el engranaje
se activa el barco
se hace a la mar
cesa la calma chicha.

Sólo hay dos alternativas:
–naufragio o travesía.

PÉRDIDAS POÉTICAS

Pierdo, en promedio, tres poemas a la semana
por dejadez o distracción.
Hace poco uno llamó mi atención
y negligente fingí no verlo.

Ah, lo que pierdo por soberbia
lo que pierdo tal vez por no aceptar
lo que yo mismo me ofrezco.

Los que me ven pasar
me creen rico, no obstante,
lo que perdí no tiene precio.

EL ÁRBOL DEL TULE

Fascinado por pirámides
edificios catedrales personas
que por un momento
se elevan por encima del suelo
en Oaxaca
le dije al chofer indio zapoteca:
–Lléveme al "Árbol del Tule".

Desde hace dos mil años
este árbol me esperaba
este árbol:
            40 m. de altura
            52 m. de diámetro
            705 m.^{3} de volumen
capaz de abrigar
            500 personas
y el cual requiere
            30 para abrazarlo.

¿Cómo no venir y circundarlo
con los ojos del niño
que trepaba a los mangos
en sus primeras lecciones de frutos
y horizontes?

Joven
toqué una centenaria secuoya
al lado de la mujer que amaba.
Adulto
amo mejor a quien amo
y en su sombra busco abrigo
como si hace dos mil años
me estuviera esperando.

Junto a éste son pequeños
los demás árboles que sembramos.
Es pequeñísima aquella pequeña iglesia
mirándome allá abajo
y las creencias profanas
que sostuve por años.

Desde hace dos mil años este árbol
                                        presencia
la ascensión de los dioses
                                    la caída de los imperios
y todo lo que de nefasto
trae la sed de oro y gloria.
¿De qué arbórea resistencia estamos hechos
expuestos
            a rayos, plagas y estaciones?

Me costó apenas dos pesos y la vida entera
para verlo –¡estupefacto!–
no sólo el tronco no sólo la copa
también la grieta
                    la grieta enorme
                                        la grieta
que un rayo le hizo hace cinco siglos
rayo
      que en vez de abatirlo brutalmente
lo fecundó y radiante
lo hace apacentar mi presente.

A LOS 45 YA RENUNCIA AL AMOR

A los 45 ella ya renuncia al amor:
"Todos los hombres interesantes que conozco son
casados".

Yo le digo:
–Aún puedes tener sorpresas en la vida.
Sin embargo, bella y solitaria, ella
se prepara para claudicar antes del fin.

Hay alguna cosa equívoca
con las parejas humanas.
No son así las flores
que al tiempo justo se polinizan
y las hembras en la naturaleza
cumpliendo el ritual del celo.

Cómo es difícil (y extraño) el amor
el amor y su construcción
el amor y su manutención
el amor del que tanto carecemos
del que tanto hablamos sobre el cual
tanto escribimos el amor que viví antes
el amor que ahora siento
antes
y después
de los 45.

LA MANO IZQUIERDA DE CHAGALL

De la mano izquierda de Chagall
–entre 1909 y 1913–
según se observa
en sus autorretratos
brotaron otros
dos dedos.

De esa mano
salían vacas y cabras levitando
parejas aéreas bailando
soldados sacerdotes campesinos
músicos planeando
sinagogas crepitando.

He aquí su secreto:
con la mano de siete dedos
iba siete veces el mundo reinventando.

¿Por qué será que antes
no le brotaron esos dedos?

¿De qué tendrán miedo los pintores
que pintan sólo con cinco dedos?

DELICADEZA DE SER BUEY

Los hechos me están engullendo
sin darme tiempo de degustarlos.
Quisiera sentado a la mesa paladearlos
a la usanza antigua displicente casi
como en el interior después de cenar aún se hace
y no ávido y voraz como el can royendo el hueso
que de la mesa del señor cae.

Quisiera con mis cuatro estómagos bovinos
rumiar indolente y plácido lo ya vivido
disfrutando al máximo de mi forraje.

Poesía –imponderable digestión:
lo que queda
                    del drama que nos vivió
lo que queda en la boca
del tiempo que nos comió.

En la poesía-memoria
regurgitando lo que fui
puedo apreciar
                        lo delicado de ser buey.

EN EL METRO DE PARÍS

No sé si será la luz
pero la cara de las personas en el metro
no es muy feliz.

Tal vez sea la luz
o el frustrante día de trabajo
las deudas
                    el amor mal resuelto
el gobierno.

Tal vez sea la luz.

Pero esa mujer de ojos verdes
allí en frente
                    refuta mi tesis:
la belleza
                    tiene luz propia.

ESTE CORAZÓN

A veces, como ahora,
oigo latir mi corazón.
Pero en general
no le presto atención.

Paso semanas, años
sin darme cuenta
como si esa fuera
de él la profesión.

Palpita independiente de mí
mi corazón
                    vivo tan lejos de él
él
    latiendo por su cuenta
yo siguiendo con mi vida
excepto
             claro
cuando se desata
el amor-pasión.
Ahí yo-soy-él
                      él-soy-yo
en un mismo desespero
y glorificación.

GENERACIONES – I

Ando muy decepcionado de los hombres
y de mí.
De mi generación
en especial.
Íbamos a salvar el mundo
y fallamos.
Algunos aún lo intentan.
(No me convencen)

Merecíamos mejor suerte.
Nosotros, los ilustres fracasados
–y el pueblo
que ni supo
de nuestros óptimos proyectos
para liberarlo.

EL HOMBRE Y SU SOMBRA – 2

Había un hombre que tenía una sombra blanca
que de tan blanca
                    nadie la veía.
Aún así ella lo seguía
y con él departía.
Se tenía la impresión
de que alguna cosa ausente
lo acompañaba, lo duplicaba
–casi su guía.

La verdad es que él era la sombra
de su sombra
–la parte de la sombra que se veía.

EL HOMBRE Y SU SOMBRA – 7

Había un hombre que pensaba tan claro
que ninguna duda
                    lo ensombrecía.
Era como si razonara siempre
a medio día
cuando el pensamiento
es un cuerpo erecto
que ninguna sombra escondería.

El problema era de noche
cuando el oscuro mundo
lo envolvía:
intentaba pensar claro, intentaba
pero algo lo incomodaba
hasta que descubrió
que la claridad
sólo cobraba sentido
cuando
              con la oscuridad
departía.

EL HOMBRE Y SU SOMBRA – 21

Había un hombre cuya sombra lo divertía.

No había tristeza que resistiese:
la sombra inventaba paseos, cabriolas, poesía
y esto lo entretenía.

Las sombras de los otros
se levantaban serias
iban al trabajo
tan pronto amanecía.

Pero aquella sombra, sonriendo
izaba la carpa del circo
en cuanto el sol aparecía.

EL HOMBRE Y SOMBRA – 45

Una sombra fue al entierro de su dueño.

Miraba compungida el cuerpo amado
que bajaba a la sepultura
vio acomodar las flores que coronaban la tumba.

Cuando todos se fueron
pensó en echarse con su dueño
pero enjugó las lágrimas
y partió
hacia el lugar imponderable
donde la esperaban
las llorosas sombras viudas.

MUERTE EN LA CASA DE POESÍA

Ayer murió en Bogotá
María Mercedes Carranza.

Murió. Se murió. Se mató
como se inmola un bonzo
en la combustión
del horror y de la poesía.

Se mató como se mata
el hombre y la mujer-bomba
detonando protestas
en desatada sangría.

Se mató como
José Asunción Silva
patrono de la Casa de Poesía
que María presidía:
con majestad de semidiós
cansado por un combate rudo
y expresión de mortal melancolía.

No la veré más
entre los libros discos
y retratos de poetas
vivos-muertos que reunía.

Se fue a nuestro pesar pues
día a día le secuestraban
la esperanza el espacio la alegría.

Se fue de golpe de la patria conturbada
y fratricida para la tierra
de la imponderable poesía.

MIS SANTOS

Entre el siglo v y el xiii
–durante 800 años–
la Iglesia proclamó 1.308 santos.

Son muy pocos, convengamos,
teniendo en cuenta los millones billones de penitentes
las visiones de tantos creyentes
y a los que anónimos practicaron el bien
sin mirar a quién.

Es que la santidad cuesta caro.
No bastan martirios, ayunos, revelaciones.
La santificación debe ser protocolaria
hay que abrir proceso y tener abogados celestes.
Por eso muchos necesitaron siglos
para andar con la cabeza aureolada.

Nunca sabremos de la multitud de santos desconocidos
a menos que en el cielo haya un refugio
donde los santos sean recibidos
sin tener que acreditarse.

Allí, santo lector,
espero encontrarte.

AFFONSO ROMANO DE SANT'ANNA

Nació en 1937 en Belo Horizonte, la capital de Minas Gerais. Poeta, ensayista, periodista y profesor universitario, es recordado entre nosotros por su asistencia a los Festivales de Poesía de Bogotá, de Medellín y de Pereira. Por su acendrado lirismo y el irónico desenfado de su humor ha sido considerado por la crítica de su país como el sucesor natural de Carlos Drummond de Andrade, a quien precisamente reemplazó en su oficio de cronista en el *Jornal do Brasil*. Durante su gestión al frente de la Biblioteca Nacional de Brasil fundó la revista semestral *Poesia sempre*, guía imprescindible para explorar la poesía brasilera contemporánea.

A lo largo de 45 años, aparte de publicar numerosos libros de ensayo y de crónicas periodísticas, ha publicado los siguiente libros de poemas: *Canto y palabra* (1965), *Poesía sobre poesía* (1975), *El gran pregón del indio guaraní* (1978), ¿Qué país es éste? (1980), *Política y pasión* (1984), *La catedral de Colonia* (1985), *El lado izquierdo de mi pecho* (1992), *Textamentos* (1999), *Vestigios* (2005), *El hombre y su sombra* (2006) y *Sísifo baja de la montaña* (2011).

CONTENIDO

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País intimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre

40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en abril de 2012

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem